

La opción fundamental del ideario personalista y comunitario

Mariano Moreno Villa

Filósofo y teólogo.

Miembro del Instituto E. Mounier.

1. La renuncia a la revolución y la apología de la «reforma»

Un personalista comunitario es un revolucionario; y lo contrario de un revolucionario es un contrarrevolucionario, es decir, un *beatus possidens* sin imaginación ni futuro. Esto me parece que tiene que estar claro a poco que se conozca el mejor personalismo y el «movimiento Esprit». Aunque ahora la sola palabra «revolución» hace que muchos se sientan sobrecogidos, pero esto no debe extrañar, pues incluso el aristócrata esclavista Aristóteles pensaba que el bien supremo de la ciudad era el mantenimiento del «orden», mientras que el mayor mal era la ruptura de ese orden, es decir, la stásis o revolución (*Política*, V, 1, 1301 b 27). Pero claro, si ese «orden» es en verdad un «desorden» —como sostenía Mounier—, entonces la revolución no podemos considerarla como un mal, sino incluso como un bien en vistas a conseguir un orden justo.

En realidad, «revolución» les suena a muchos como a «violencia», «catástrofe», a «guerra», etc. En nuestras tesis, siguiendo a Péguy y Mounier, entre otros, afirmamos que «la revolución será personal o no será; será socioeconómica o no será» (n. 18). A los que se asustan de las palabras hemos de decirles que la revolución personalista y comunitaria todavía no ha tenido lugar: lo que ha acontecido han sido los totalitarismos, de izquierda o de derecha, disfrazados de revolución, y que todavía hoy nos amenazan. Al confundir la revolución necesaria con el totalitarismo insostenible éticamente, algunos, desde Karl Popper (y su miedo a la utopía), Paul Ricœur (que dice no avergonzarse

de Europa, siendo en esto muy hegeliano), J. Habermas (que ha renunciado a la crítica de la primera Escuela de Frankfurt para pasar a ser ideólogo de la socialdemocracia eurocéntrica), se han convertido en ideólogos del reformismo. Y esto, por sólo citar a algunos de los grandes clásicos del pensamiento actual.

Incluso ciertos miembros de nuestro Instituto, parecen proponer la vía reformista, es decir, el «parcheo de lo Mismo» (en términos levinasianos), es decir, del sistema o statu quo dado y vigente. En lugar de «bregar corriente arriba» (n. 11 de las tesis) combatiendo contra el desorden establecido por la derecha económica y por la falsa izquierda política (por mucho que se autodenomina «humanista»), algunos quisieran que nos deslizáramos corriente abajo, navegando con la falsa tranquilidad que da hacer lo que todos hacen, pensar lo que todos dicen, aborregando a la persona y su libertad.

Si hacemos caso a los reformistas, terminaremos por dar la razón al mini Hegel redivivo que es F. Fukuyama, salvando la enorme diferencia de altura intelectual entre el yanqui-japonés y Hegel, cuando sostiene que la democracia liberal («formal» diríamos nosotros) se ha universalizado; tal es el régimen político definitivo, donde el capitalismo neoliberal y el libre mercado es el aliado incuestionable de tal régimen. Hay que recordar que el gran Hegel escribió que «la historia universal va del Oriente al Occidente. Europa es absolutamente el fin de la historia universal. Asia es el comienzo». Para Hegel el Mediterráneo era el *Mittelpunkt* o centro de toda la historia universal; pa-

ra Fukuyama el centro de la historia está en Wall Street; para Hegel el motor de la historia era el *Geist* de Dios; para Fukuyama el motor de la historia es el dinero (Mammón, el falso dios, el fetiche). Pero claro, esta «universalización» no parece ser otra cosa sino una clara expresión del imperialismo del Norte sobre el Sur, con tintes claramente ideológicos, es decir, tintes oscuros; afirmar que el capitalismo liberal, el libre mercado y la democracia formal ha sido asumida por todo el planeta es mucho decir. Como ejemplos sólo debemos mirar hacia toda Africa y hacia la mayor parte de América Latina y Asia. Dicha «universalización» no es una realidad factual, sino un desideratum del imperio del Norte, que niega la alteridad de los otros del Sur (sean personas, culturas o pueblos), así como —no lo olvidemos— a un gran número de las personas también del Norte (por ejemplo, el 30% de familias que en España viven en índices de mayor o menor pobreza, los 15 millones de desempleados de la Unión Europea, los grupos «marginales», es decir, los pobres que el Norte, en su despliegue imperial, deja en la cuneta de la historia).

Hay una cosa en la que sí tiene razón Fukuyama, pero en un sentido distinto de como lo afirma él: el neoliberalismo económico, el libre mercado y la democracia formal son «el fin de la historia» personal para la mayoría de las personas de la humanidad, es decir, algunas de las principales causas de su pobreza y su opresión. Postular la dejación de la tradición ética de la izquierda «tradicional», renunciar a la revolución, postular el reformismo, etc., ¿no es darle la razón a Fukuyama y al imperio que él representa ideológicamente?

2. Sobre el Estado, el anarquismo y la identidad de izquierdas del IEM

2.1. Sobre el Estado. No es éste el momento de desarrollar la teoría del Estado que sostiene el personalismo comunitario, ni tampoco de explicar lo que es la vena íntima de lo sostenible del anarquismo. Concebimos al Estado como la totalidad de los aparatos políticos que ejercen el poder. Ahora sólo esbozaré, en forma de

tesis, algunas ideas: 1) Nunca debemos olvidar que el Estado no es un fin en sí, la persona sí, aunque algunos lo entienden al revés; 2) el Estado no pertenece a la «naturaleza» humana; 3) el Estado no ha existido siempre, comenzó siendo de una forma convencional, sea en forma de violencia, sea en forma contractual; 4) el Estado debería ser, utópicamente, algo eliminable. Y esta tesis debe contrastarse, dialécticamente con un hecho factual: hoy, que haya Estado, es inevitable. E incluso, paradójicamente sería pernicioso para los pobres que desapareciera; 5) es inevitable que el Estado necesite, para existir, ejercer violencia; esto vale, incluso, para el llamado «Estado de derecho», donde la fuerza regula, desde el derecho, en última instancia, las diferentes fuerzas fácticas. Eso, sin hablar de los estados dentro del Estado, como el estado estercolero que en estos días huele especialmente mal con el caso GAL; 6) muchas de las referencias al «Estado» se refieren al estado «euro o nortecéntrico». Es decir, confunden el Estado moderno (léase, europeo) con el Estado sin más. Esto significa que nos estamos refiriendo al Estado de una forma genérica, y básicamente «sirve» para el Estado según se entiende en el Norte, pero muchas culturas del Sur no tienen Estado: son pueblos sin Estado, que han podido subsistir así durante siglos; 7) en vista de la pobreza del ser humano, y de la tesis hobbesiana del hombre como lobo del hombre —confirmada a menudo, lamentablemente, en la historia humana—, el Estado debe servir para frenar a los poderosos de su opresión hacia los más débiles; 8) esto significa que no podemos olvidar que el actual panorama geopolítico no es el definitivo, sino que variará en el futuro, como varía hoy. No hemos llegado al final de la historia, sino que esta prosigue. Y es tarea, entre otros, de nosotros, trabajar para que siga en una dirección que no contradiga la dignidad de la persona; 9) En vista de esto, la función del Estado debe ser la subsidiariedad y la diakonía es decir, que venga en apoyo o subsidio de lo que la sociedad no pueda hacer; 10) El denominado «Estado del bienestar» (cuya cuna es «yankilandia») se ha dado en el Norte, y a costa de la relación econó-

mica desigual e injusta con el Sur. El bienestar de unos se ha construido, muy frecuentemente, a costa del malestar de la mayoría. Además, el «Estado del Bienestar» del Norte se está colapsando irremediamente y sólo tiene dos salidas: una «revolución» que suponga un avance —en la línea de un socialismo democrático— o una involución hacia un neoliberalismo todavía más duro que el presente.

Las intuiciones de Mounier resultaban proféticas, cuando pensaba que el federalismo de los pueblos es la tarea pendiente. La unidad de las naciones es una utopía (pues la ONU es una grotesca caricatura de unión desigual de pueblos) que poco a poco deberá ir tomando lugar. Mounier pensaba lo siguiente: 1. Que las naciones deben renunciar a la soberanía total, pero no para propiciar —como hoy pasa— un superimperialismo, sino para construir una comunidad de pueblos democráticos; 2. La unión debe ser entre los pueblos —a través de sus representantes democráticamente elegidos—, pero no sólo entre gobiernos al margen de los pueblos; 3. Sólo de este modo podrá superarse la fuerza del imperialismo, particularmente la económica; 4. Mientras esto no suceda, cualquier organización internacional estará podrida íntimamente por las fuerzas de la guerra.

2.2. Sobre el anarquismo. La tarea del anarquismo, en el pasado y también hoy, consiste fundamentalmente en sacar la cara por la persona ante el riesgo de su asimilación por lo colectivo. Lejos de significar lo esencial del mismo la lucha revolucionaria y violenta para derrocar al Estado, su entraña más íntima consiste en la defensa de la persona individual en cualquier tipo de sociedad, dada o por venir; es decir, la entraña íntima del anarquismo es ética, en donde la lucha es contra la alienación del individuo ante el riesgo de despersonalización que significa lo colectivo. Dicho esto, añadamos que es muy difícil definir al anarquismo o, mejor, a los anarquismos, ya que se han dado diferentes tendencias como el individualismo radical (Stirner: «El único y su propiedad»); nihilismo radical (de los antizaristas rusos);

ácrata (que propugna la liberación de la persona de las «normas» que le constriñen su libertad); cristiano (Tolstoi, Mounier); anarcosindicalismo español (es la «anarquía positiva», pues propone alternativas para construir un nuevo tipo de sociedad, donde no exista la dominación del hombre sobre el hombre, ni del Estado sobre el hombre). Este tiene dos tendencias básicas: *a)* la inspirada en Bakunin: defiende la propiedad social del capital, las tierras y los medios de producción. Acepta la propiedad individual del fruto del propio trabajo; *b)* la inspirada en Kropotkin. Niega todo tipo de propiedad privada, postulando una socialización tanto del capital, los medios de producción, así como los frutos del trabajo individual.

En definitiva y de modo genérico, indiquemos que se da en el anarquismo un talante ético que no es individualista en sentido estricto, sino que propone una concepción social de la libertad, aunque con el respeto a la conciencia individual, a la religión de cada cual (así como al ateísmo, agnosticismo, etc.), defensa de una educación laica (no sólo aconfesional), etc. Se aspira a la eliminación del Estado, en efecto, pero la cuestión es ¿de qué Estado se trata? De aquél que es instrumento de represión. Se aspira también al antimilitarismo: al no haber estados, ni fronteras, no habrá —se piensa ingenuamente— ejércitos. Se sostiene el dogma fideísta de que el pueblo nunca se equivoca (populismo ingenuo). Se lucha contra cualquier forma de autoritarismo, pues éste ejercita el poder y el poder «pervierte» al que lo ejerce; y al que lo ejerce absolutamente lo corrompe absolutamente. Se propugna, en fin, la autogestión y la organización social en pequeñas comunidades, regidas asambleariamente por sufragio universal; no existen instituciones, sino una federación igualitaria de comunidades; no existe la herencia, sino una propiedad colectiva: «A cada uno según su necesidad; de cada uno, según su capacidad». Obsérvese, finalmente, que los anarquistas clásicos no son estrictamente «apolíticos», sino «apartidistas», pues conciben el partido político como un modo de ejercer el poder o de alcanzarlo.

2.3. *Sobre la izquierda.* A un personalismo lúcido no le está permitido confundir los fenómenos totalitarios del mal llamado «socialismo real» con el socialismo humanista. A pesar de esto, la dualidad entre izquierda y derecha es una división pobre y frecuentemente maniquea, que divide al mundo personal entre el yo y el tú, sin llegar al nosotros, o lo que es peor, denota, en palabras de N. Bobbio, una «contraposición que expresa mejor que cualquier otra la visión dualista de la política» y donde no hay «más que dos posibles posiciones, o amigo o enemigo». Esta dicotomía no es asumible, como tal, para el personalismo. Existe en la actualidad la tentación, ingenua o no, del «nominalismo». Lo importante no es hablar de «izquierda» o de «derecha» como nombres, sino analizar lo que esas palabras han significado históricamente y lo que hoy significan. El problema no es de nombre, sino de aquello a lo que el nombre denota y esta dualidad fue originada por unas causas que hoy, en términos globales, lejos de haber desaparecido, se han agravado: hay «más pobres más pobres», esto es, hay más pobres (en cantidad) y esos pobres son más pobres (cualitativamente) que en los días de la Revolución francesa. Por consiguiente, y en vista de esto, estimo que es necesaria seguir sosteniendo la identidad de izquierdas del IEM, como una seña de identidad irrenunciable. Si los traidores a la causa de la izquierda han adulterado el componente humanista y ético de la misma, eso no nos autoriza a renunciar a algo que ellos, lejos de haber cumplido cabalmente, han adulterado.

Y para concretar este punto hemos de sostener que hoy, y más que nunca, la causa básica por la que hemos de luchar es por los derechos de los más pobres de la tierra. Y he dicho «pobres» y no por el «Sur»; pues nuestra opción es por la persona, no por la geografía.

3. El primum movens del IEM y del personalismo comunitario: el derecho de la persona pobre, el «nadie»

Un ideario implica necesariamente un eje vertebrador o fundamento del mismo, que yo denomino «primum movens», el principio mo-

triz. ¿Cuál debe ser la idea motriz del ideario del IEM, en el presente, al final del segundo milenio y en la entrada del tercero? Debe ser la de siempre: la opción por los derechos de la persona, en razón no sólo de su dignidad moral, sino de lo que he llamado su «dignidad», la dignidad ontológica que corresponde a la persona por el solo hecho de serlo, incluso al margen de su comportamiento moral y como un factum previo a la acción ética.

3.1. No le está permitido a un personalista olvidar que la mayoría de las personas de nuestra presente historia son pobres, y lo son porque han sido hechos pobres, es decir, son empobrecidos. Recordemos que más tres cuartas partes de las personas de la humanidad presente no son pobres por causas naturales, ni por voluntad divina, si siquiera por ser —como dicen en América Latina— «flojos», es decir, vagos. Hemos de decir con claridad que lo son porque el desorden establecido, cada día más desorden y más establecido (incluso establecido en el interior de muchas conciencias), los ha hecho pobres, los mantiene en su pobreza y su miseria, y se enriquece a costa de la pobreza de la mayoría. Esta pobreza, lejos de tender a desaparecer, previsiblemente se ahondará en el futuro próximo, del mismo modo que se agranda en la actualidad en relación al pasado cercano. El Norte sólo está habitado por el 13% de la población mundial y dispone de más del 75% de los recursos materiales del planeta. La suma de habitantes de Europa Occidental, Norteamérica (con Canadá) y Japón, que es el «Norte», es menor que la población de India o China. En el último decenio se ha duplicado la desigualdad entre el Norte y el Sur. Y esa desproporción continuará, previsiblemente, creciendo.

3.2. De este modo el primum movens, la opción primera del IEM debe ser no ya optar por «el Sur», como a veces se ha escrito en algunas de nuestras publicaciones, sino por el «pobre», por la persona empobrecida. Y esto no es puro nominalismo, pues «el Sur» no es persona, mientras que el pobre sí lo es, a pesar de que

sea considerada por muchos como sub-persona. «El Sur» es una abstracción analítica, tan imprecisa como las de «Tercer Mundo», «periferia», etc. «El Sur» no tiene rostro; el rostro sufriente del pobre es algo mucho más preciso e interpelador que hablar del «Sur». Por ello nosotros, personalistas, debemos hablar de la persona y analizar la realidad (política, económica, cultural, etc.), en términos personales concretos y no sirviéndonos de abstracciones irénicas que nos pueden inmunizar de la necesaria conversión a la causa del pobre. Decía Mounier: «Hay palabras que no se piensan sino con miedo. Se quiere que la revolución sea el deslumbramiento rojo y en llamas. No, la revolución es un tumulto mucho más profundo: cambiad el corazón de vuestro corazón y, en el mundo, todo lo que él ha contaminado». Esto significa que la crítica que el personalismo comunitario puede hacer al statu quo es la más fuerte y radical de todas, pero a condición de que sea consecuente, en su praxis, con su ideal básico.

3.3. La opción por el pobre debe ser impelente, inexcusable y urgente en el combate contra su pobreza, y sólo se combate verdaderamente si se atacan las causas que empobrece al pobre. Y luchar contra la opresión y la miseria de los pobres implica, al menos éticamente, abrazar nosotros una pobreza voluntaria, en tanto que, si no somos cínicos, veremos que nosotros no somos precisamente pobres. Este abrazo de la pobreza por solidaridad con la persona pobre es la más fundamental señal de discernimiento de un personalismo verdadero. Aunque esto no significa que la pobreza la consideremos en sí misma como un bien; «ónticamente» es todo lo contrario, es un mal; sólo puede ser buena «relacionalmente». Con razón decía Mounier que el cristianismo no es un pauperismo, pues la pobreza no tiene valor en sí. Por eso no debemos caminar hacia la pobreza como quien se encamina hacia una meta, sino como quienes avanzamos hacia el encuentro diacónico con el pobre. La pobreza no es un fin en sí; pero el pobre sí lo es, en tanto que es persona.

4. Rehacer el renacimiento en clave personalista

Desde el personalismo comunitario que pretende liberar al hombre de cualquier tipo de opresión, hemos de interpretar la situación del mundo y la cultura presentes desde unas consideraciones distintas a las usuales en la concepción de los postmodernos europeos y norteamericanos. En efecto, la sola presencia de las enormes masas de personas pobres, la mayoría de la actual humanidad, muestra la cara escondida de la modernidad, su rostro oscuro, el «reverso del ser» moderno y del proyecto de la Ilustración y su utopía de la libertad, igualdad y fraternidad entre los hombres. De este trinomio el capitalismo y la derecha ha acentuado particularmente la «libertad», a costa de la igualdad. El socialismo al uso y la izquierda ha acentuado la «igualdad», a veces a costa de la libertad. Pero aunque las primeras formulaciones socialistas y libertarias también querían asumir la «fraternidad», lo cierto es que no lo han conseguido cabalmente. Pues bien, este paradigma propositivo para la humanidad, sintetizado en esos tres valores, debe ser asumido en su totalidad o no será una verdadera revolución personalista. En todo caso el tercer valor, «la fraternidad», es el que da sentido a los otros dos y el que previene de cualquier tipo de totalitarismo. Y hay que recordar que el quehacer en pos de la fraternidad es muy anterior al binomio derecha/izquierda, capitalismo/socialismo, progresismo/conservadurismo, pues es el gran anhelo de la humanidad desde su origen. Por esto, el quehacer mayor y primero del personalismo comunitario es la fraternidad, y sólo desde la construcción de un mundo fraterno, donde el otro no sea un consumidor (para la derecha y el capitalismo), ni un simple camarada de lucha que pretende derrocar al opresor, al capitalista (para el socialismo y la izquierda), podrá construirse un mundo verdaderamente humano, personal, donde el otro sea mi hermano.

En los pobres, en el *primum movens* o motor básico del personalismo ético, se percibe cómo el progreso (con su correlato moderno,

Presupuestos éticos para una democracia real

un *ego progredior*) económico, técnico, etc., de unos, se ha podido realizar a costa de la igualdad de todos; se trata del *progressus versus æqualitas*, la libertad a costa de la igualdad. La razón ilustrada, que parte de la autoconstitución del sí propio con el *ego cogito*, no ha tenido ojos para ver el rostro del otro, la otra cultura distinta, los pueblos diferentes, ni para ver en el otro un hermano (fraternidad); es la *ratio versus fraternitas*. La explayación de la Europa ilustrada, desde 1492 y el surgimiento de la modernidad que extendió imperialmente su libertad a costa de la sumisión (el *ego conquiro*) de otros pueblos, muestra la lógica opresora de unos hombres a costa de la negación de la libertad de otros; es la *opressio versus libertas*. La igualdad, la libertad y la fraternidad han sido proclamadas a bombo y platillo por filósofos, políticos y literatos desde hace dos siglos. Pero ¿qué experiencia real de igualdad, libertad y fraternidad han alcanzado las masas proletarias y obreras en el Norte y los pueblos coloni-

zados en el Sur? Nosotros no aspiramos simplemente a entender nuestro tiempo, sino también a transformarlo humanitariamente, por muy utópico que esto suene en unos momentos en que se declaran, desde el Norte, muertas las utopías, pues éstas son necesarias y urgentes a la mayoría de las personas de la superficie humanidad. El ocaso del pensamiento utópico es el ocaso del hombre; cuando el hombre deje de ponerse metas, sólo le quedará replegarse en lo dado, en el topos; pero entonces su acción será demasiado rastrera, demasiado a nivel de suelo, por no hablar de los caminos subterráneos y oscuros, en donde hace su vida el ciego y tálpido topo, que en base a no utilizar la vista se ha convertido en un ser ciego, que sólo camina allá a donde su hocico le lleva.

En definitiva, nadar contra corriente es, hoy, más necesario que nunca, y no por el hecho de ser distintos, sino por un ineludible imperativo ético personalista.